

ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Otoño: melancolía	3	Eugenio Frutos.
Clásicos de nuestro siglo.-Lillium Valli.....	7	Juana de Ibarbourou.
La primera imprenta de Trujillo	8	Francisco Fernández Serrano.
Llamas de Capuchina.....	12	José Canal.
Recuerdo	13	Maria Rosa Vicente.
Nocturno sevillano recordando a Cáceres	14	Maria Murillo.
Colaboradores de ALCANTARA, Eladia Morillo Velarde Santos	16	
De perro.....	17	Eladia Morillo-Velarde.
La fábrica de paños de los Peñas.....	18	Emilio González de Hercás.
Crítica con poca hiel	20	Carlos Callejo Serrano.
Elegía segunda.....	26	Eladia Montesino.
El callejón de la monja (leyenda cacereña).....	27	Manuel García Ceballos.
Cuando llega el adiós	37	Enrique Gracia Pérez.
Un enclave cultural en la Extremadura baja	38	Juan Pedro Vera Camacho.
Elegía cacereña en tres tiempos.....	41	José Devesa.
Las flores tienen su tenguaje.....	44	Edmundo Costillo Marín.
La herencia	48	Arsenio Muñoz de la Peña.
Arte	58	J. A. Oliver Marcos.
«Nada» (cuando nacen las violetas).....	60	Argentum.
Crónica	61	J. A. Oliver Marcos.
Recensiones	66	J. A. O. M., Valeriano Gutiérrez Macías, José Canal y C. C. S.
Noticia de Revistas	75	

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

- 1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres (Servicios culturales).
- 2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.
- 3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

ALCANTARA

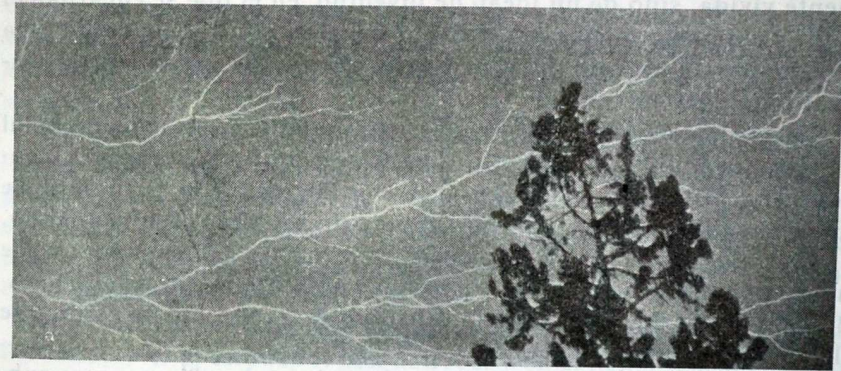
D. Legal CC-26-1958

Año XXVIII

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE 1972

Núm. 168

OTOÑO: melancolía



Por Eugenio FRUTOS



L título de este artículo es deliberadamente tópico. Sin duda es más original escribir, con Jorge Guillén: «Otoño: pericia». Y también: «Otoño: isla». Pero es el tópico justamente lo que quisiera detenerme a considerar breves momentos. Y no porque la melancolía sea precisamente un tema de nuestro tiempo, sino porque es justamente lo contrario: la inactualidad de la melancolía. El tema de hoy consistiría, pues, en la antimelancolía de nuestro tiempo.

Parece que, en efecto, un tiempo tenso, duro, como el que nos ha tocado vivir, no deja lugar para saudades, nostalgias o melancolías, clásicos—o románticos—temas poéticos. Si a esto se añade la hoy casi constante exaltación de la juventud—o de lo juvenil, ya

que se trata frecuentemente de la juventud de los jóvenes—, tendremos una razón más para considerar que la fuerza vital, el impulso y la rebeldía de la juventud deben ser antimelancólicos.

Pero aquí reside el fallo interpretativo de la psique juvenil. El joven, que lo es también por años, entrevera sus impulsos, su fuerza y su rebeldía de melancolías frecuentemente inexplicables, al menos lógica y razonablemente no explicables. La melancolía, como la angustia existencial, parece que no tiene causa, o, por lo menos, causa precisable.

Así se explica que un movimiento auténticamente juvenil como fué el romanticismo, haya exaltado la melancolía, y sea tema poético reiterativo por aquel entonces. En cambio, un movimiento juvenil «sofisticado», como ahora se dice, puede muy bien no sentirse melancólico, porque no se trata de la juventud directa e inmediatamente vívida, sino de un ideal de juventud, en el que se encarnan el vigor y el ímpetu que desean tener. Pero esto no es la juventud viva y real, sino un modelo convencional y abstracto, que se quiere utilizar paradigmáticamente.

La antimelancolía del momento actual pudiera ser, así, una señal de falsa juvenilidad, cuando, por haberse perdido la verdadera o encontrarse esta asqueada y aburrida, o indiferente a la estructura de una sociedad pasada, se finge un ímpetu juvenil para seguir andando.

Hay algo, sin embargo, que explica que a las gentes maduras de nuestra época la melancolía les parezca un sentimiento de aire decadente, pasado de moda y hasta censurable. Y esto que lo explica se llama violencia y extraversion.

En una época en que se rinde culto a la violencia—a veces subconscientemente—y en que se la estimula y pone como modelo, en los actos reales del mundo y en los ficticios de películas y novelas, incluso sin proponérselo como tema fundamental, no es extraño que todos sentimientos suaves, blandos, interiorizantes, aparezcan como anacrónicos y desplazados. Prevalece, como modelo, el «tipo duro», creado por el cine, y el realmente duro que a todas luces gobierna hoy el mundo. Naturalmente, si la melancolía está arraigada en el modo humano de ser, al menos en algunas personas, no desaparece con esto; pero se la disimula y hasta se la oculta como algo vergonzoso.

Un tiempo, además, de violencia y acción exige hombres extravertidos, hombres que casi irreflexivamente actúen, que decidan rápidamente, que se acomoden sin dificultades a las más diversas situaciones en su vida privada y pública, que no tengan problemas

personales que inhiban su acción, aunque esto tienda a mecanizarlos, y que les permita vivir a gusto en medio de las multitudes y en el flujo de las masas.

Ahora bien, el tipo psicológico extravertido máximamente — el sanguíneo—no suele nunca estar aquejado de melancolía. Y, aunque en menor grado, le ocurre lo mismo a los restantes tipos psicológicos en los que predomina la extraversion: esto es, al nervioso, al colérico y al amorfo. Pero la excesiva emotividad del nervioso origina ráfagas de melancolía; pero ráfagas solamente, que alternan con etapas eufóricas y aún exaltadas. Así, todo el libro de Juan Ramón Jiménez «Arias tristes» es predominantemente melancólico, si bien esto está condicionado por el estado del poeta y por su edad, cuando el libro fué escrito. Y en otros momentos de su obra, en algunos poemas, la melancolía trasparece, aunque no se la nombre expresamente. En cambio, en un sentimental como Antonio Machado—el tipo de máxima introversión—la melancolía es permanente, y el sentimiento se repite una y otra vez en sus poemas a lo largo de toda su obra.

Por el contrario, la sobreabundante actividad de un colérico, y la concomitante extraversion, alejan de él el estado melancólico, a pesar de ser su emotividad de alto grado; pero explota, por decirlo así, hacia fuera. El amorfo, aunque fundamentalmente inactivo, puede aburrirse, pero, dada su escasa emotividad, no es fácil que caiga en estado melancólico.

Hay otros tipos que, aun siendo de función secundaria, como el flemático o el apasionado, son activos, y en el flemático, además, la emotividad es escasa, de modo que su carácter reflexivo no supone una constante vuelta sobre sí mismo, sino que se proyecta hacia fuera, en obras, el resultado de su concentración interior. Más propenso a la melancolía es el apático, a pesar de su nula emotividad, porque su escasa actividad no extravierte su vida interior.

Ahora bien, todos estos tipos psicológicos se dan siempre, aunque en diversa proporción según países y épocas; por lo cual en cualquier momento histórico habrá personas propensas a la melancolía. Es que una época antimelancólica no hace desaparecer a los melancólicos, lo que ocurre es que la valoración de su estado es negativo en unas épocas y positivo en otras. Y parece claro que, en la nuestra, la valoración es predominantemente negativa.

Puede advertirse, sin embargo, un fenómeno curioso: la proporción de los tipos presenta una cierta relación con el carácter de la época romántica, favorece la aparición del tipo emotivo, nervioso o

sentimental, en que más frecuentemente se manifiesta. En cambio, en una época de valoración negativa parece aumentar el número de los activos extravertidos y antimelancólicos. He empleado un cauteloso «parece» porque no hay estadísticas que nos lo asegure, pero las condiciones de vida de cada época favorecen el desarrollo de determinados tipos, y los que no concuerdan con esas condiciones, o se reducen o quedan ocultos tras los otros.

¿Cuántos podrían aplicarse hoy los versos juanramonianos: «Mi alma es hermana del cielo/gris y de las hojas secas./¡Viento triste del otoño,/pásame con tu tristeza!»? Supone esto una quietud y una introversión difícilmente compatible con la prisa, los constantes cambios, la tensión y la inseguridad de nuestro mundo. Los tipos extravertidos y poco emotivos son los que mejor se adaptan, porque pueden comer y dormir a cualquier hora, no adquirir hábitos fijos, acomodarse a climas y modos de vida muy diversos y vivir un momento de tensión sin que les altere sus nervios, por su escasa emotividad. Así parece que el momento es favorable a los sanguíneos, y, en segundo lugar, a los coléricos y los tipos no emotivos y activos en general.

El peligro de esta situación humana reside en la falta de vida interior. Cuando el trabajo o cualquier otra forma de extraversión no le ocupa, el hombre así caracterizado, se siente perdido, y de aquí la dificultad de emplear el tiempo libre en los países de gran desarrollo, porque, por dentro, el hombre está vacío. Si la melancolía es un mal enconado —«malenconía», antiguamente—, su ausencia completa es signo de desinteriorización, algo así como «acción enconada», que, como todo exceso, es perturbadora.

En cuanto a los tópicos poéticos de la melancolía otoñal—frutas maduras, hojas doradas o ya secas y caídas, cielo que engrisece, lluvia sedante, blandos aires—son símbolos de nuestra interior melancolía, cuando parece irse apagando—que es sólo hacerse latente—la vida en la naturaleza hasta el estallido primaveral. Y ahora, cuando la vida en las ciudades se ha descompasado del ritmo cíclico de la naturaleza, acaso no fuera malo que alguien, a pesar de la desvalorización, sintiera la melancolía del otoño.



LILLIUM VALLI

¡Rosas para la dulce Señora de las Flores!

¡Que el páramo dé rosas y florezca el erial!

Y se cubran de nardos la montaña y el mar!

¡Que la Reina divina toda hierba bendiga,

que haga fecundo en vivas corolas al ciprés

Y en florecitas vuelva cada mínima espiga!;

¡Que los pastos del campo graneen bajo sus pies!

¡La Virgen de las Flores tenga un altar de rosas;

Una ermita radiante alce su camarín!

¡La Virgen de las Flores haga de cada cosa

Un capullo que estalle en magnolia o jazmín!

Señora del prodigio: toma esta margarita

De mi verso pequeño que floreció por ti,

Y posa sobre ella tu mirada bendita

Para que se haga dulce corola de rubí.

Juana de IBARBOUROU